

The title is centered and features a decorative flourish of black and teal butterflies and leaves. The text is arranged in two lines: the top line is in a bold, black, sans-serif font, and the bottom line is in a black, cursive script font.

EL ÚLTIMO ALETEO
DE LA *mariposa*

EFECTO MARIPOSA 3

DUNA ALBA

Primera edición.

El último aleteo de la mariposa.

© 2021 Duna Alba.

© Diseño de portada: Nune Martínez

© Maquetación: Munyx Design.

© Corrección: Lucía Cabañas.

© Revisión: Luz Barreras.

ISBN: 978-84-09-28947-9

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Para mi familia, por estar ahí.



*«Antes de embarcarte en un viaje de venganza,
cava dos tumbas».*

CONFUCIUS





Prólogo

AVANZÓ DESPACIO. Con paso firme y dejándose embriagar por la majestuosidad del palacete. Ese edificio seguía en pie pese a haber sufrido las peores desgracias y la explosión de una bomba. Alissa estaba convencida de que nada lo tiraría abajo. Nada en el mundo impediría que resurgiese de sus propias cenizas.

Durante las últimas semanas, Samantha se había volcado en el proyecto de reconstrucción como si su vida dependiese de ello. Al contrario que Alissa, pues sus prioridades distaban mucho de restaurar el imperio Valverde.

Le destrozaba la culpa por la pérdida de aquellos que se quedaron en el viaje. Un viaje que comenzó con el aleteo de esa mariposa que había arrasado con su familia de un modo sigiloso y certero. Sin embargo, había una ausencia en concreto que ralentizaba su paso. Jamás pensó que llegaría ese momento, que caminaría sin ella a su lado. Mucho menos que lo haría consciente de que se dirigía a una trampa.

Subió el primer escalón del porche y su cuerpo tembló. No había visto ese lugar de la misma forma desde que le legaron la tarea de enfrentarse a esa pesadilla sola, instándola a que rompiese su alma en mil pedazos.

Aislarse había sido una de las decisiones más difíciles de tomar. Pero no podía permitir que la acompañaran. El riesgo era demasiado alto. Y era algo que no estaba dispuesta a correr. Había mostrado fuerza y decisión para seguir adelante sin ellos. Sin los brazos con los que compartía ese peso, esa carga. Esa era su locura. Su decisión. Fuese cual fuese el resultado sabría la verdad. Puede que muriese allí mismo. En unas horas. En unos minutos. Estaba preparada para ese final. ¡Qué más daba! Después de esa noche, al fin descansaría.

—¿Hola? —preguntó tras girar el pomo y abrir la puerta.

El eco la recibió. Tenían razón, el palacete había quedado impresionante. Legar las decisiones de la reforma en Samantha y Diana había sido buena idea. Aquello lucía el aspecto de cualquier castillo destinado a formar parte de un cuento de hadas. Los grandes telares que cubrían las ventanas le otorgaban un porte regio. Además, quedaban preciosos en combinación con los tablones de parqué de la colección *Tierra y Fuego* que daban un toque natural y elegante. Por las paredes podían apreciarse unos hermosos candelabros de diseño *vintage* adaptado a la actualidad que según supo habían colocado esa misma mañana. Alissa se acercó a ellos y se quedó embelesada con el tintineo que producían las bombillas diseñadas para simular las llamas. No conseguía encajar sus recuerdos en ese lugar. Era posible que el miedo estuviese a punto de vencerla.

Se llevó la mano al pecho en una fallida búsqueda del trébol que habitualmente colgaba de su cuello. La ausencia del colgante azul fue un pinchazo directo al corazón. Un recordatorio de que debía seguir caminando. Sola.

Trató de centrarse en la decoración para calmar su agitada respiración. Perfecto, Samantha había cumplido su objetivo: dejar aquello perfecto. Era el escenario ideal para librar la última batalla. El asalto final.

Continuó paseando despacio, el sonido de sus propios tacones la alteraba. Necesitaba que aquello comenzase. Enfrentarse de una vez a lo que le esperaba antes de que sus pies echasen a correr.

—¿Daniela? ¡Vamos! Ya me tienes aquí. —La retó.

No obtuvo respuesta. Cada segundo que pasaba su pulso se aceleraba. Era una trampa. Lo sabía. Y se había metido ella sola en la boca del lobo. Lo que estaba ocurriendo había comenzado con su abuela y debía terminar con ella. Eso era lo que se repetía en su mente una y otra vez para explicar su presencia en ese lugar. Había tenido en las manos sangre de gente a la que quería, personas que se la habían jugado por ella y otras que lo habían hecho con ella. El recuerdo de la luz de sus ojos apagándose le desgarraba el alma. Había descubierto que existían demasiadas formas de morir y no todas concluían con un corazón sin latido.

A su espalda, la puerta principal se abrió con un crujido que le erizó la piel. La verdad estaba ahí, tras ella. Después de tantos meses buscándola, solo tenía que girarse. Aun así, sus pies se negaban a obedecerla.

El sonido del seguro de una pistola inundó la recepción. Alissa apretó los puños y tragó saliva. Tenía que darse la vuelta y enfrentarse a la persona que había perturbado su calma y había estado a punto de hacerla enloquecer. Quizás lo había conseguido. Puede que estuviese loca. ¿Quién en su sano juicio habría acudido a una cita con la muerte?

Comenzó a girarse con las manos en alto sabiéndose apuntada por el arma y reguló la respiración para acallar el martilleo de su corazón. No pensaba darle la satisfacción de verla asustada. Le miraría a la cara. De frente. Le mantendría la mirada y lo haría por su madre, por su abuelo, por ella... Por todos.

Un puñal invisible atravesó su pecho cuando reconoció esos ojos. Unos ojos verdes que llevaban ocultos toda una vida. Estaba frente a esa mirada enloquecida y su corazón todavía le negaba lo que su mente ya sabía. El oxígeno no alcanzaba sus pulmones. Un hilo de voz débil e inestable escapó de sus labios:

—¿Tú? ¿Tú eres... Daniela?

Unos días antes





—¿CÓMO ES POSIBLE que estés aquí, Sam?

Estaba tan alucinada como aterrada. Tenía a su prima delante de sus narices y se sentía incapaz de correr a abrazarla. El cuerpo no le respondía. Samantha debería estar muerta, o al menos, eso era lo que creía desde que encontraron el cuerpo enterrado al lado del río.

No. Ese no era su cuerpo. Ella estaba allí, a unos centímetros. Viva. Samantha estaba viva. La estaba viendo frente a ella. Con esa melena oscura que le había fascinado desde pequeña. Con esa mirada afilada que ahora mostraba vulnerabilidad. Con esa seguridad con la que arrasaba por donde pisaba.

Alissa se preguntaba si alguna vez había llegado a conocerla y el pánico que le producía hallar esa respuesta la paralizó.

Samantha tomó asiento con delicadeza. Percibiendo cada una de las miradas de esa habitación sobre ella. Podía notar la confusión que había levantado a su alrededor, aunque lo que más le

preocupaba en ese instante era su prima Alissa. Jamás imaginó que reaccionase así ante su resurrección. Quedándose congelada.

Intentó dibujar una sonrisa dulce, tímida e indefensa para ganarse la aceptación de los demás. Sin embargo, su mirada era incapaz de ocultar la verdad. Esa seguridad que derrochaba con cada parpadeo. La esencia de Samantha.

—Te vi —musitó Alissa secándose las lágrimas con la manga. Se sentó en el sofá que había enfrente y se concentró en respirar. Su mente no aceptaba nada más—. Te enterramos.

Samantha negó con un suave movimiento de cabeza. Iván soltó un breve suspiro que atrajo la mirada de la morena, quien lo saludó regalándole una sonrisa coqueta. El chico no pudo hacer otra cosa que dejarse caer en el sofá al lado de su mejor amiga. Ni siquiera se atrevía a abrir la boca. Temía que cualquier movimiento deshiciese esa ilusión bajo una capa de humo como si de magia se tratase. Aquello parecía una especie de conjuro de lo más elaborado. Solo quedaba descubrir si era procedente del cielo o del mismísimo infierno.

«¿No estaba muerta? ¿No le dispararon? ¿No la enterraron hacía tan solo unos meses?». Zoe encontró a Toni y a Óscar discutiendo los avances de la historia cuando se retiró hasta el fondo del salón cansada de la actitud de *drama queen* de Samantha. El regreso inesperado de la nieta pródiga no traería nada bueno. Si había sido capaz de mantenerse oculta pese al sufrimiento de sus padres y la desolación de Alissa, lo sería de cualquier cosa. Alissa se jugó la vida por ella, por descubrir qué diablos le ocurrió y lo único que consiguió fue llevar flores a las tumbas de sus seres queridos. Tumbas que no dejaban de multiplicarse.

No. Zoe estaba convencida de que aquello, lejos de ser un milagro, se presentaba como una tragedia. Algo que los iba a engullir en un juego de palabras merecedor de la destreza e inteligencia de la Reina de hielo. Iván caería de nuevo a sus pies suplicando unas migajas de ese amor tóxico que, irremediabilmente, acaba-

ría con su relación. Esa relación que pendía de un hilo gracias a las secuelas que Samantha había dejado en él.

Lejos. Zoe quería que estuviese lejos. Que volviese a desaparecer.

—Yo vi tus zapatos. Tus Jimmy Choo. Eras tú. Eras tú... —repetió Alissa en susurros intentando recordar esos detalles que de pronto carecían de sentido.

—Obviamente, no era yo —Samantha rompió su silencio y recuperó la atención.

Alissa se preguntó en qué punto la brújula de su vida se había vuelto loca. No sabía si ahora marcaba el norte o eso era lo que señalaba hacía tan solo unas horas. Los acontecimientos habían vuelto a dar un giro tan drástico que no conseguía situarse. Apenas podía deshacerse de la desesperante sensación de ver cómo Lucas era arrastrado por la fuerza del río sin poder hacer nada por ayudarlo.

Se frotó el brazo donde le había salido un moretón provocado por el propio Iván debido a la fuerza que tuvo que hacer para impedir que ella misma saltase al agua. No lo hubiese dudado ni un instante. Por Lucas habría hecho cualquier cosa. Debía estar disfrutando de su regreso, y alguna extraña fuerza no le permitía apartar la mirada de su prima.

—¿Quién era la muerta? —León irrumpió los pensamientos de Alissa con un tono cortante.

Samantha clavó su mirada castaña en él y sonrió con franqueza al percatarse de la presencia del joven.

—¿León? Estás aquí...

El aludido mantuvo la compostura frente a la dulzura provocativa de la nieta de Cecilia. Su gesto era frío, impenetrable. Alissa notó que las facciones del mayor de los Martín se endurecían. Tener a Samantha cerca sacaba a la luz esa locura que vieron en sus ojos cuando los apuntó con un arma la noche del cumpleaños de Alissa. Un día que luchaban por olvidar.

—¿A quién enterraron, Samantha? —repitió León directo.

Nerviosa, Samantha agachó la cabeza. Su sonrisa se transformó en un halo de fragilidad que nadie reconocía en ella. Eligió un vaso vacío de la bandeja que había sobre la mesa y León le ofreció una botella de agua dispuesto a acelerar ese momento. Tras dar un par de pequeños sorbos, Samantha miró a su alrededor y notó la presión que ejercía el silencio mientras esperaban a que dijese algo. Cualquier cosa. Se tomó su tiempo. Sus ojos comenzaron a humedecerse.

«La reina del *show*». Pensó Zoe. «A ver qué nos cuenta en su minuto de gloria».

—Fallé.

Eso era una de las últimas palabras que esperaban escuchar de sus labios. Mucho menos si iba acompañada de lágrimas. Más que dolida, se mostraba arrepentida. Y Samantha nunca se arrepentía de nada.

—¿A qué te referes? —inquirió Alissa.

—Mi plan se fue al traste antes de empezar —sollozó en respuesta.

Se cubrió la cara con las manos. Dejando que escuchasen su lamento.

¿Desde cuándo la gran Samantha Valverde se derrumbaba con tanta facilidad?

—Creía que lo tenía todo estudiado. Los pasaportes estaban listos —Lucas tosió al darse por aludido—. Íbamos a largarnos de aquí. Esto no era seguro y yo posiblemente ni siquiera era una Valverde. Sabéis lo de los documentos de la compra del bebé, ¿verdad?

Alissa asintió con cautela.

—La abuela no me iba a ayudar y tenían pruebas suficientes para meterme en la cárcel, yo... —apretó los labios con el miedo reflejado en sus ojos.

—Disparaste a esa mujer —intervino Alissa.

Se sorprendió de la crudeza implícita en sus palabras. Notaba las emociones al límite de un precipicio y, cuanto más afligida parecía Samantha, más fuerza reunía ella. No estaba dispuesta a seguir alargando aquella situación. Las cosas habían llegado demasiado lejos. Las personas que la rodeaban no dejaban de morir y ver a Samantha ahí, como salida de su propia tumba, levantaba más incógnitas de las que ya había. Ahora solo quería respuestas, ya se ocuparía después de secar lágrimas y recomponer corazones.

—Tuve que hacerlo, Ali —musitó a punto de derrumbarse—. Matar a esa desconocida era la única forma de salvar a Eve.

Samantha clavó su mirada suplicante de comprensión en su prima. Había cambiado. Estaba distante. Decidida. Fuerte. Ya no era esa niña dulce e ingenua que no se ponía una minifalda con tacones sin antes consultarle. Ya no la necesitaba.

—¡No podía perder a Evelyn! —rompió en lamentos. No obstante, de sus ojos no cayó ni una sola lágrima—. La secuestraron para obligarme a apretar ese gatillo y hacerse con el control de mi vida. ¿Sabéis lo que ocurrió con Angy? —Cambió de tema buscando una fisura en el corazón de su prima.

Alissa volvió a asentir. Esta vez se explicó:

—Sabemos que se quedó embarazada de Diéssel, que la ayudaste a deshacerse del bebé y que le pagasteis para que guardase silencio.

—Así es —aceptó insegura—. Ahí comenzaron las amenazas. Pensé que Diéssel quería librarse de mí para asegurarse un cheque mensual y no pensaba ponérselo fácil. No iba a dejar sola a Angélica. Comencé a investigar hasta que descubrí que fue acusado de asesinato, aunque un extraño giro de acontecimientos lo dejó fuera de prisión.

Ese extraño giro de los acontecimientos fue el que acabó con

la vida de Carla. Un recuerdo que provocó un latigazo en el estómago de Alissa.

—Diéssel era el mismísimo diablo —continuó Samantha devolviendo a su prima al presente—. Por eso necesitaba los pasaportes. No quería irme, no quería abandonar mi vida ni a la familia. Pero si me obligaban a hacerlo, no te dejaría en este infierno. Vendrías conmigo y yo sabía que la única forma de que lo hicieras sería que Lucas nos acompañase. Lo preparé todo a conciencia. Te prometí que siempre cuidaría de ti. Siempre. Y te juro que lo intenté.

Alissa desvió la cara sintiéndose incomoda. Por alguna extraña razón esas palabras no terminaban de calar en ella, eran como gotas de lluvia cayendo sobre un impermeable. Lo que decía tenía sentido. El orden de los acontecimientos era el correcto y las pruebas que habían cosechado durante los últimos meses así lo acreditaban. Sin embargo, esas pruebas no mostraban los alcances que podría lograr Samantha Valverde. Nada podría hacerlo cuando vivías un doble juego. Cuando una misma persona representaba dos fichas en un tablero disputando la misma partida.

Aun así, había salvado a Lucas de morir ahogado en el río exponiéndose a los demás. Saliendo de su escondite. Eso... eso debería significar algo.

—Como os digo —continuó Samantha—, creí que las amenazas eran cosa de Diéssel. Estaba sacando mucho dinero por mantener la boca cerrada y yo podría acabar con sus ingresos extra si abría la mía. Intenté pararlo y llevarlo a mi terreno. Entonces me di cuenta de que toda esta mierda iba mucho más allá de él. Yo no podía ganar. Así que acudí a la única persona que me podía ayudar. Mi última baza antes de huir.

—La abuela.

Samantha asintió.

—No me creyó —espetó mordaz—. Horas antes de que comenzase la fiesta de mi cumpleaños, la busqué y le enseñé los

mensajes: las amenazas. Incluso le supliqué que me contase la verdad sobre el maldito documento del niño comprado. Pero se mantuvo tan hermética como siempre. Rompió el papel delante de mis narices y dijo: «busca a tu prima y arreglaos, la velada comienza en unas horas».

La mente de Alissa se inundó con los recuerdos de esa tarde en los columpios cuando su vida estaba a punto de cambiar. En ese momento solo se preocupaba por el furor que causaría el nuevo vestido que Michelle había confeccionado para ella, en los zapatos que lo acompañarían y los complementos que combinaría con el atuendo. Ahora detestaba haber sido tan superficial. Mientras ella se perdía entre conjuntos de diseño y revistas de moda, su familia sufría. Angélica había abortado y Samantha estaba siendo amenazada. Nunca le confiaron ese dolor, esa angustia... Ella era la muñeca de porcelana que bailaba ingenua al son de todos.

—Me preguntaste si era feliz —susurró.

—No sabía cómo decirte que teníamos que marcharnos —respondió Samantha—. Lo tenía calculado, pero entonces, justo después de la inútil conversación con la abuela, alguien me arrastró hasta el sótano y... Ya sabéis lo que ocurrió. Yo estaba desesperada. No sabía qué hacer. Tenía el plan organizado, aunque no me veía capaz de seguirlo. No me veía preparada para huir hasta que tú me animaste.

—¿Yo? —exclamó confusa.

—Me recordaste que siempre consigo lo que me propongo y... —tomó aire—. Tenía que intentarlo. Entonces, mis planes comenzaron a fallar como una sucesión de piezas de dominó cayendo sin remedio. Cuando quise darme cuenta, me encontré a mí misma en la puerta despidiéndome de Iván y subiéndome en un coche mientras te dejaba tirada e inconsciente en el suelo del *hall*.

Iván se llevó las manos a la cara temiendo que las mejillas le ardiesen. Llevaba sin respirar de forma regular desde que Samantha había entrado en la casa. Estaba como hipnotizado y ahora sus ojos comenzaban a humedecerse. Había sido él el responsable de que su mejor amiga estuviese inconsciente en el suelo esa noche y, aunque Alissa intentase restarle importancia cada vez que el tema salía a relucir, no dejaba de pensar en cómo hubiesen sucedido las cosas si no hubiese intervenido. Quizás ambas se encontrarían a salvo, lejos de esa pesadilla.

—Lo siento... —farfulló Iván.

—¡No! —Samantha se arrodilló en el suelo a su lado—. Salvas-te a Alissa. No iban a dejarme escapar. Lo sé. Solo querían que preparase mi huida para que nadie me buscase. Pero no permitirían que me fuese sabiendo lo que sabía. —Esa vez las lágrimas acudieron a sus ojos. Agarró las manos de Iván y se las llevó a los labios—. Yo sí que siento lo que ocurrió. Eres el tío más legal que he conocido en mi vida. Lo que te dije... Jamás me perdonaré haberte hecho tanto daño.

¡¡Crash!!

El sonido provino del fondo del salón. Un vaso de cristal había resbalado de las manos de Zoe captando la atención de todos excepto de Iván, quien seguía perdido en las palabras de Samantha. Zoe podía sentir que lo poco que quedaba de su relación se reducía a la nada. Iván estaba embobado. Hipnotizado con esos ojos castaños y esa melena oscura que tantas veces le había robado el sueño. ¿Samantha tenía la intención de recuperarlo? Esa incógnita le abrió un agujero en el estómago y la llenó de rabia.

León se percató de la tensión del ambiente y decidió intervenir con sus pertinentes y acertadas preguntas tras un carraspeo:

—¿Quién conducía el coche?

Samantha alzó la barbilla y volvió a reparar en su presencia. León fue el detonante que activó el desastre monumental en el

que se convirtió su vida. Fue quien le hizo perder el norte, por él se descuidó y por él envió a Angélica con Diésel tratando de mantener en secreto su relación. Cecilia nunca hubiese aceptado a León en la familia y Samantha no podía dejar a un lado el legado. Si tan solo la hubiese esperado... Si hubiese sido paciente... Se inclinó sobre Iván y le dio un dulce beso en la mejilla mientras miraba de soslayo a León, rezó porque los celos despertasen en él. Lo que tuvieron fue real. Debía seguir ahí latente. Sin embargo, lo único que despertó fue el malestar de su prima que no dejaba de observar preocupada a Zoe. La situación se le iría de las manos si se empeñaba en atraer a León acercándose a Iván.

—¿Quién conducía el coche, Sam? —Lucas retomó el tema antes de que saltasen chispas por los ojos de Zoe.

—Lo que ocurrió fue culpa mía —comenzó a lloriquear de nuevo regresando al sofá—. La abuela me prohibió marcharme de allí, después de contarle todo lo que sabía solo le preocupaba que la velada saliese perfecta. Sentí asco. Decepción. No iba a permanecer a su lado. Bajé a por Lis para seguir con el plan y entonces la encontré inconsciente. Todo se derrumbaba a mi alrededor. Tenía que salir de allí antes de que Cecilia me detuviese de modo que te dejé jurándome a mi misma que regresaría a por ti y me fui.

»Por miedo a que los invitados me descubrieran, decidí cambiar el plan y dirigirme a la salida que se encuentra junto a la casa de Diésel. ¿Por qué tuvo que hacerme caso? ¿Por qué se dirigió a esa maldita casa? —Subió los pies al sofá y juntó las rodillas contra el pecho escondiendo la cara en ellas.

—Sam, ¿esa persona era...? La chica a la que mataron... —Alissa pudo leerlo en su cara. Algo en su interior se lo había estado gritando todo ese tiempo.

—Evelyn. Era Evelyn. Cuando la soltaron le pedí que no me abandonase, pero ojalá lo hubiese hecho —sollozó—. Encontra-

mos a Diéssel junto al puente, no llegamos ni a cruzarlo. Ella abrió la guantera del coche y sacó un arma. Supongo que la cogería tras escapar de su cautiverio. —Alissa y León cruzaron la mirada y guardaron silencio. Samantha continuó su relato tras respirar profundamente—: Eve ardía de rabia, quería vengarse por lo que le habían hecho. Me pidió que no saliese del coche y fue a por él. Pero él fue más rápido. La confundió conmigo y apretó el gatillo. Pensó que era yo. Lo sé porque gritó mi nombre. Iba a por mí y la mató a ella. La mató delante de mis narices y yo me quedé agachada en el suelo del coche. Sin hacer nada.

—Vimos el cuerpo. Los zapatos... —titubeó Alissa recordando de nuevo los detalles que la llevaron a creer que la que yacía bajo tierra era su prima. Pudo visualizar la pulsera que tenían esos zapatos. El precioso abalorio de oro blanco—. Eran tus zapatos.

—Sí —afirmó Samantha secándose las lágrimas—. Cuando me subí al coche ella estaba muy nerviosa. ¿Recuerdas esas bailarinas amarillas de charol?

—¡Dios mío! —exclamó Alissa con un atisbo de sonrisa al recordar el calzado plano al que se refería su prima—. Eran horrosas.

—Las escondía en la guantera para quitarse los tacones a la hora de conducir. Ella nunca podía conducir con sus altísimos tacones. Pero esa noche no las encontró. Terminé dejándole mis zapatos. Se sujetaban al tobillo con la pulsera, solo trataba de evitar que nos estrelláramos. Diéssel apretó el gatillo —añadió avanzando la historia— y se acercó al coche. Todavía puedo notar la presión en el pecho, el corazón se me iba a salir. Iba a descubrirme. Entonces, las luces de otro vehículo le hicieron salir corriendo. Huyó como la rata que siempre ha sido. Cuando me atreví a salir, lo vi comprobando el pulso de Evelyn —señaló a Eduardo, quien había guardado silencio desde que entró en la casa—. Estaba muerta. Entonces, bajó de ese coche la salvadora del mundo.

—Cecilia —musitó Alissa.

—Dijo que se ella se encargaría. Me encerró en una de las casas del servicio y me obligó a quedarme con la documentación de Evelyn. Te juro que intenté contactar contigo, pero me dijo que debíais pensar que me había ido para que Diésel creyese que estaba muerta.

—Típico de la abuela —espetó Alissa—. Hacer creer una cosa para que los villanos de la historia piensen que se han salido con la suya.

—Lo maneja todo, Ali. Consiguió sacarte de la casa de mis padres para ponerte un chófer —miró a Eduardo—. Un chofer que no era más que un guardaespaldas que te controlaba a cada paso que dabas.

El aludido miró hacia otro lado y se reclinó en el respaldo del sofá.

—No es cierto —rebató Alissa—. Fue mi padre quien...

—¿Quién lo eligió? No, primita. Cecilia ha manejado las fichas de esta familia. Nos ha controlado. Nos ha vigilado. Ha decidido cada uno de nuestros pasos, hasta ahora. Has sido tú quien le ha plantado cara. La única que ha sabido salir de su radar.

Abrumada y confusa, Alissa se levantó del sofá y se dirigió a la cocina. Cogió un vaso y lo llenó con una botella de agua que sacó del frigorífico. Ni siquiera le apetecía beber agua fría en esa época, pero necesitaba alargar cada uno de sus pasos; robar los segundos posibles a ese momento para pensar en las mentiras de su abuela; en cómo Eduardo era otro par de ojos de los que gozaba Cecilia. Necesitaba un momento para aceptar que Evelyn estaba muerta y para concienciarse de que Samantha seguía viva.

Dejó el vaso vacío sobre la encimera y alguien se hizo con él. Se giró y vio a León con su habitual despreocupación y su afilada sonrisa. El chico volvió a llenar el vaso con esa misma botella y lo vació de un trago.

—¿La crees? —preguntó. Alissa clavó sus ojos en él instándole a que continuase hablando—. Yo no. Ni una sola palabra. ¿Una pistola? ¿En serio? Yo fui quien soltó a Evelyn antes de que comenzase la fiesta. Te aseguro que esa pistola no era de Diésel. Y tampoco mía.

—¿Qué insinúas? No. Mejor no digas nada más —añadió masajéandose las sienes—. Son las cinco de la madrugada y necesito cerrar los ojos al menos un segundo o me explotará la cabeza.

Alissa salía de la cocina con León siguiéndola de cerca cuando se encontraron con Lucas alterado.

—¿Mi padre? ¿Estás segura?

—Sí, Lorenzo, tu padre, sabía que yo estaba viva. Fue él quien me ayudó a salir del país para quedarme en Francia fingiendo ser Evelyn. Por cierto, ¿dónde está?

Alissa le regaló una mirada punzante a su prima y llegó hasta Lucas. Esa debía ser la razón por la que Lorenzo se había esfumado, conocía el secreto que podría derrumbar el teatro de la Reina de hielo. Sin embargo, ese no era el momento de analizarlo. No quería más información. Solo descansar y asimilar la que ya tenían.

—Deberíamos dormir un poco —comentó Alissa acariciando a Clover que no dejaba de rascarle la pierna—. No falta mucho para que amanezca y a primera hora quisiera ir a ver a Miriam y ocuparme de lo de Román. Te traeré algo de ropa, Sam. Esta noche puedes quedarte en la habitación de invitados.

—Prefiero el sótano. ¿El baño sigue operativo? —Alissa lo confirmó—. Es mejor que nadie me vea. La abuela no puede enterarse de que he salido de la madriguera. Edu guardará el secreto si quiere mantener su puesto. Ya no estás sola, Ali. Has superado a la Reina de hielo. Dirigiremos este imperio como soñamos. Juntas.

Con un montón de frases inconexas aglomeradas en su garganta, Alissa vio cómo el chófer abandonaba la casa sin abrir la

boca. Samantha parecía dispuesta a hacerse con el control de sus vidas de nuevo y esa sensación la asustaba. Un segundo se mostraba abatida y al siguiente irradiaba carácter y temperamento. ¿Cuál de esas dos chicas era Samantha? Agarró a Lucas de la mano y se encerró en el dormitorio masticando esas palabras cargadas de reproche que se negaba a pronunciar. No abriría ese frente. No esa noche.

Cerró la puerta y enredó sus brazos alrededor del cuello de Lucas. Aspiró su aroma a casa, a familia. Comenzó a besarlo con urgencia. Lucas le notó las mejillas empapadas.

—Lis...

—Shhh. Estás aquí —susurró sobre sus labios.

Tenía que agarrarse a la realidad. A lo que la ayudaba a mantenerse cuerda.

—Demuéstrame que estás aquí de verdad —rogó quitándole la camiseta.

—Cariño —murmuró Lucas intentando tranquilizarla—. Deberíamos hablar. Esta situación es de locos. Es...

—Shhh —le puso el dedo índice en los labios—. Estoy cansada de hablar... Solo quiero olvidarme de todo.





Hace 19 meses

—¡VENGA, ALI! ¿Vienes con nosotras o te quedas?

Samantha comenzaba a perder la paciencia. Vestía un precioso mono rojo borgoña confeccionado con una delicada y finísima tela que se ceñía a sus curvas, dejando la espalda al descubierto y sin nada a la imaginación. Iba preparada para llevar a cabo su plan, no tenía ninguna intención de fracasar. Ni siquiera las bajas temperaturas del mes de marzo la iban a detener.

Sentada junto a ella, en el inmenso salón de sus padres, se encontraba Evelyn. Su mejor amiga y más fiel aliada había acudido a su llamada. Como siempre.

La joven vestía otro modelito como el de Samantha, solo que en un tono azul eléctrico capaz de embelesar a cualquiera que se atreviese a posar sus ojos sobre ella. Ambas combinaban el conjunto con unos taconazos de infarto, un cinturón ancho que marcaba su estrecha cintura y un recogido sencillo que dejaba sueltos algunos mechones de sus preciosas melenas oscuras.

Si se las miraba desde lejos, lo único que las diferenciaba era el color de la prenda que vestían. A veces, les encantaba jugar a ser gemelas. Samantha nunca pudo hacer esas cosas con su hermano por motivos obvios y Evelyn era hija única, por lo que compartir esos detalles las unía de un modo muy especial. Además, ser tan parecidas era un arma que solían utilizar con frecuencia.

El reloj marcó las ocho de la tarde de aquel aburrido sábado. Miguel se había ido de fin de semana con sus amigos y sus padres decidieron hacer una pequeña escapada por su aniversario, por lo que Alissa y a Samantha estaban solas en casa.

El iPhone de la joven sonó y le hizo dar un respingo.

—Tranquila, no saldrá nadie por esa pantalla —se mofó Evelyn.

Samantha clavó una mirada afilada en su amiga y después la arrastró hacia la mesa donde continuaba la pantalla encendida. Mostrando indiferencia alargó la mano y cogió su *smartphone*. Al revisar el mensaje soltó un pequeño suspiro de alivio y una maquiavélica sonrisa se dibujó en su cara.

—Estarán allí. Jesús de Comares asistirá a ese insignificante mercado medieval junto con su esposa y su... hijo —finalizó en un tono triunfal.

El evento se celebraría esa misma noche en un pueblo cercano. No es que fuese el mejor plan del mundo. Sin embargo, sí que podría convertirse en una salida, una puerta para escapar de las constantes amenazas que interrumpían sus sueños cada noche.

—Tienes claro tu objetivo. —No sonó a pregunta.

—Claro, mi abuela mandó a Diana a San Francisco para estrechar lazos con esa familia. Según tengo entendido son muy importantes. Cuentan con varios hoteles ubicados en preciosas zonas de naturaleza. Algo así como el palacete. Si consigo engatusar al infeliz de su hijo, mi abuela estará encantada y me permitirá ir con ellos. Román de Comares puede ser mi puerta para huir de este infierno.

—¿Estás segura de que te quieres ir? Eso podría hacerte perder puntos.

—Para nada, Cecilia se sentirá satisfecha si uno a las familias. Lo necesita, no tiene tanto dinero como aparenta. El palacete se hunde y si soy yo quien le ofrece el salvavidas no perderé, sino que ganaré puntos —añadió orgullosa—. Además, sabes que tengo que alejarme durante una temporada. Esto ya no es seguro.

Samantha estaba convencida de que alguien iba a por ella. Desde que supo que Angélica se había quedado embarazada de Diésel su mundo se tambaleaba. Ese ser despreciable obligaba a su prima a pagarle para mantener su silencio. Un chollo que solo Samantha podría arruinar.

—Puedes venir conmigo, Eve —continuó la joven Valverde—. Nos convertiremos en las reinas de San Francisco.

Evelyn aplaudió ese comentario. Las dos se perdieron en una conversación que las animaba a imaginar las aventuras nocturnas que esperaban al otro lado del charco, hasta que Alissa las interrumpió.

—¿San Francisco?

Samantha tembló ante la posibilidad de que su prima hubiese escuchado demasiado.

—Sam está preparando una sorpresa para tu cumpleaños —intervino Evelyn al ver las mejillas de su amiga pálidas—. Así que no seas curiosa.

Alissa las observó desde lo alto de la escalera sin estar conforme. Tras su ceño fruncido, varias preguntas comenzaron a atormentarla: ¿Su prima planeaba encontrarse con otro chico para contentar a su abuela? ¿De verdad tenían problemas de dinero?

—Lo de ese chico nuevo... —musitó titubeante—. No quiero que le hagas daño a Iván, además, ¿qué tiene que ver la abuela?

Las dos amigas cruzaron la mirada. Evelyn se sentó con elegancia y Samantha subió las escaleras decidida. La seriedad de

su rostro se fue difuminando cuando llegó a la altura de Alissa, con una historia ya pensada.

—Deja de hacer preguntas —susurró con dulzura—. Hago esto por ti, para que puedas ver a Lucas. Recuerda que después de la fiesta que organicé el mes pasado, me castigaron sin la excursión de fin de curso y sin dinero. Necesito que la abuela organice el viaje y que Evelyn se haga cargo de algunos gastos. Esto forma parte de un plan para que podáis estar juntos, Ali.

Recordaba la fiesta que Samantha había organizado semanas atrás. La casa se llenó de desconocidos que resultaron casi imposibles de echar. Fue Alissa quien tuvo la idea de bajar los fusibles de la luz para acabar con esa estridente música y cortarles el rollo. Sin embargo, Daniel y Valeria llegaron justo a tiempo para ver salir aquella estampida de borrachos de su casa y comprobar lo magníficamente popular que era su hija.

—Pero... —vaciló. Los argumentos de su prima no terminaron de convencerla.

—¿Quieres ver a Lucas o no? —la cortó Samantha. Viendo que la joven no terminaba de quedarse convencida decidió cambiar de táctica—. Con ese conjunto, te quedará mejor algo de tacón. ¿Quieres probarte mis nuevas botas?

—¿Las italianas que recibiste ayer? —preguntó sorprendida. Samantha asintió.

—Llegan a la altura de la rodilla y te darán unos centímetros de más. Estarás súper *sexy* si te las pones con ese vestido.

Los ojos de Alissa estuvieron a punto de salirse de sus órbitas. Se fijó en el espejo que tenía enfrente y repasó su aspecto. Llevaba un precioso vestido de color violeta rosáceo que terminaba en una falda de vuelo a la altura del muslo. De calzado había elegido unos botines planos que en ese momento se le antojaron insulsos. Sí. Sin duda, las botas italianas de su prima le quedarían genial.

Enviándola a su dormitorio en busca del calzado, Samantha bajó los escalones despacio. Resoplando. Por suerte, Alissa era tan fácil de manipular como un niño con una piruleta.

—Ha faltado poco —masculló Evelyn.

—Sí. Por si acaso, ten en marcha el plan B. No quiero sorpresas, este verano no puedo pasarlo en el palacete. Dudo mucho que llegase a terminarlo —añadió con temor.

Evelyn asintió con un leve pestañeo. Estaba al tanto de la situación. Conocía cada uno de los detalles y tenía más que estudiado el plan B. Si esa noche fracasaban. Si no conseguían llegar hasta la familia Comares, viajarían a San Francisco por su cuenta y riesgo para hacerse con una documentación falsa que le permitiese a Samantha desaparecer del mundo. Llegado ese momento, su mejor opción sería Lucas Martín.

Bufó de nuevo tras revisar su reloj.

—¡Ali! —exclamó Samantha—. Nos vamos.

—¡Ya voy! —gritó mientras bajaba la escalera con una radiante sonrisa—. Perdón, perdón. Estaba hablando con Lucas. Le envié una foto para que me viera y no tardó ni dos segundos en llamarme —añadió y dio una vuelta sobre sí misma.

—¿Le has enseñado el nuevo modelito? —curioseó Evelyn.

—¡Claro! Tenías razón, prima. Con estas botas estoy súper *sexy* —volvió a girar sobre ella.

Su prima y Evelyn cruzaron una mirada elocuente.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Que tu inocencia no conoce límites, primita. Ponerle los dientes largos estando a miles de kilómetros... Eso solo se hace cuando una misma puede satisfacer ciertos deseos.

—Lucas no haría... No... Él me quiere —musitó.

—Puede ser —intervino Evelyn—. Aunque supongo que no tanto como se quiere a sí mismo.

—Cierto —continuó Samantha dispuesta a moldear los temores de su prima. En el fondo, solo era una joven enamorada—. Te decimos esto para que no sufras. ¿Quién era el que tenía una lista insaciable de deseos por cumplir el verano pasado? ¡Lucas! Y ninguna chica participaba en más de uno de esos objetivos. Es un don Juan, cariño. ¿Crees que está esperándote? Tendrá a mil chicas revoloteando a su alrededor.

Alissa negó con la cabeza sumida en un intenso silencio. Notó cómo los ojos se le humedecían.

—Anda, vamos. Seguro que esta noche tú también tendrás revoloteando a muchos chicos.

Samantha entrelazó su brazo con el de su prima y la arrastró fuera de la casa. Evelyn se unió a ellas a los pocos segundos.

—Perdón, casi me olvido de esto —sacó de su enorme bolso los horribles zapatos planos amarillos que solo utilizaba para conducir.



SALIÓ DE SU SUEÑO tras un estruendo que provenía de la cocina. Escuchó maldecir a Zoe y ladrar a Clover, por lo que se relajó y clavó los ojos en el techo acobijada en el calor de las mantas y la acompasada respiración de Lucas. Lo tenía allí. A su lado.

Quiso regresar al sueño o, más bien, a al recuerdo. Todavía podía sentir la emoción de esa noche al llevar las botas de su prima. Ser como Samantha era un objetivo en su vida, por suerte, sus prioridades habían dado un giro radical en los últimos meses. Un giro como el que acababa de dar su mundo, que volvía a estar del revés.

Consciente de que no volvería a dormir, salió de la cama tras dejar un dulce beso en la frente de Lucas. Recogió su melena en un moño improvisado e intentó reprimir un bostezo mientras se colocaba la manga del jersey al tiempo que se encontraba con una postal atípica en el salón: Samantha estudiando la pizarra de pruebas con toda la atención de Iván fija sobre ella y Zoe relegada a la cocina con alguna pieza de la vajilla hecha añicos a sus pies.

—Tranquila —susurró Alissa acercándose a su amiga—, o terminaremos comiendo en las baldosas del suelo.

—Medito sobre si tirarle el próximo a la cabeza. ¡No la soporto!
—Apretó los dientes—. Sabe mucho más de lo que dice. Solo está fingiendo. ¡Mírala! Es una *drama queen*.

Alissa le puso la mano en su hombro y le quitó el nuevo plato que había cogido antes de que corriese la misma suerte que el anterior. La comprendía. Samantha tenía la capacidad de desestabilizar a todo aquel que la rodease.

—Deberías unirme al club de León —le susurró—. Él tampoco termina de creerla.

—Algo muy raro debe de estar pasando para que ese tipejo y yo estemos de acuerdo. Sé que es tu prima, pero estoy convencida de que, si le rapásemos esa maravillosa, brillante y sedosa melena suya, le asomarían unos cuernecitos. ¡Es el puto diablo!

Alissa hizo un amago de sonrisa sin confirmar ni desmentir las palabras de Zoe. En realidad, no sabía hasta qué punto podría llevar razón. Entrelazó el brazo con el de su amiga y la arrastró hasta el sofá donde Iván mostraba las anotaciones y fotografías que habían recopilado durante los últimos meses a Samantha, quien apretaba contra su pecho el anónimo donde se informaba del secuestro de su hermano.

—¡Es Miguel, Ali! ¿Cómo ha podido pasar esto?

Alissa asintió. Iván se cambió al sillón de enfrente para rodearla con los brazos, la chica temblaba entre sollozos ante la noticia.

Zoe alzó las cejas.

—Si tiene frío, le traigo una mantita —exclamó irónica.

El cruce afilado de miradas entre Zoe y Samantha fue interrumpido cuando las puertas de los dormitorios se abrieron a la vez. De cada una de ellas salió uno de los hermanos Martín con el mismo gesto de confusión dibujado en la cara. Lucas llevaba el pelo mojado. Vestía un *sweater* oscuro que quedaba perfecto

con sus vaqueros y unas deportivas que tenían los cordones de satados. León, haciendo honor a su descaro, abrió la puerta con una toalla en la cintura mientras su cuerpo goteaba en el suelo.

—¿Es que en esta casa no se puede descansar? —interpeló el mayor de los hermanos. La toalla se aflojó en su cintura y la sujetó con un rápido reflejo.

—Vístete —espetó Iván sin prestarle atención.

—¿Te preocupa que las chicas se ruboricen? No creo que pase, al menos dos de ellas ya conocen mis encantos —sonrió con picardía.

Samantha se quedó de piedra ante ese comentario. Dos chicas. Una era ella, pero... ¿y la otra? ¿Por qué León miraba a su prima de esa forma? Apartó el brazo de Iván de sus hombros y se levantó del sofá como un resorte. ¿Sería posible que le hubiese afectado más ese comentario que el secuestro de su hermano? Los nervios se estaban apoderando de ella de una forma desconocida. No estaba acostumbrada a perder el control. Siempre había sabido cómo controlarse.

Alissa hizo un gesto a Lucas y este empujó a su hermano de vuelta a la habitación. Cogió una taza de la cocina y se preparó un café soluble que fue removiendo de camino al sofá.

—¿Estás preparada?

—Sí, en cuanto te acabes el café nos vamos.

—¿A dónde vais? —intervino Zoe.

—Al hospital a ver cómo están Miriam y mi abuela. Esta mañana me ha llamado mi tía Diana y, al parecer, la autopsia se está retrasando más de lo debido.

—¿Y Miguel? —inquirió Samantha con desdén—. Creo que lo que debería preocuparnos es encontrarlo. ¿Podrían matarlo! ¿La policía sabe algo?

—No. Está claro que ese mensaje iba dirigido a mí —aclaró Alissa—. Me gustaría intentar solucionarlo por nuestra cuenta.

Además, no han pasado ni cuarenta y ocho horas. Conociendo a quienes están al mando en este asunto... No nos harán mucho caso.

Del sótano salió Óscar con una manta en los hombros.

—Hablad más flojo —les pidió. El cansancio se reflejaba en su cara—. Toni acaba de quedarse dormido. El pobre no ha pegado ojo en toda la noche.

Samantha se mordió la lengua al ver cómo los demás atendían la petición de ese chico e ignoraban su sugerencia. Agradecía que todos ellos hubiesen protegido a su prima durante los últimos meses. Pero, ahora, sobraban demasiados de los presentes.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Lucas acercándose a Óscar.

El chico negó con la cabeza. Tenía los ojos hinchados. Pese al inmenso alivio que había supuesto ver a Lucas a salvo, eso no lo libraba de un puñado de ideas despiadadas batiéndose en su cabeza: no sabían dónde se encontraba Nadine, tampoco tenían ni idea del paradero de Miguel y ni siquiera conocían la apariencia de Daniela. Sería como buscar una aguja en un pajar y el tiempo corría en su contra.

—Tengo varios frentes abiertos y todavía no encuentro el hilo del que tirar —confesó abatido—. Quizás deberíamos buscar ayuda, Luk.

—Ni de coña —soltaron Alissa y Samantha al unísono.

Ambas se miraron cohibidas, estaban de acuerdo en eso, no obstante, por diferentes motivos.

—Nadie puede saber que sigo con vida —dijo la mayor—. Al menos hasta que demos con mi hermano. Quién sabe lo que le harán si lo supiesen.

—La policía no está de nuestro lado —añadió Alissa.

—Y le daríamos más munición para que la encerrasen —continuó Zoe—. Esos inspectores esperan la mínima para cargarle la

culpa de todas las desgracias que existen en el mundo. Probablemente dirían que la canija tenía a su prima encerrada.

—Yo no me refería a los inspectores... —musitó Óscar y Lucas negó rotundo clavando sus ojos en él en un gesto que pasó de saporcibido a los demás.

Alissa se levantó dispuesta a salir de allí cuando su prima la encaró.

—¿De verdad vas a ir a ver a una vieja que ya está muerta? ¿Y Miguel? Tenemos que dar con él. ¡Esa debería de ser tu prioridad, Ali! —acusó Samantha—. ¡La de todos nosotros!

—¡Shhh! —Óscar intentó frenar los gritos y bostezó.

Tenía un terrible dolor de cabeza. Había pasado toda la noche despierto indagando por la red mientras el sobrino de Pedro lo acompañaba empeñado en ocultar las lágrimas que no dejaban de rodar por sus mejillas tras la muerte del único familiar que le quedaba. Se vio reflejado en él. Un niño con una habilidad innata y con una vida reducida a un dormitorio, pero con la capacidad de expandirse hasta límites insospechados en la red. Su vida social se componía de diferentes caracteres y líneas de código, al menos así había sido hasta que conoció a Lucas.

—Claro que encontrar a Mike es nuestra prioridad —se defendió Alissa—. Pero para llegar a él, primero tenemos que dar con Nadine, para lo cual necesitamos a Román. Así que después de ir a ver cómo está *nuestra* familia —hizo énfasis para recordarle a su prima que tanto Miriam como Tamara eran familia—, iré a la comisaría para sacarlo de allí.

—¿Eres consciente de que si Román sale tú ocuparás su celda? —añadió Zoe mordaz.

—No tienen nada en mi contra. Y no pienso dejar que pase por lo que yo pasé. Estar allí es un infierno y cree merecerlo por ser hermano de Nadine. No voy a abandonarlo. Además, nos es mucho más útil fuera que dentro.

Lucas estuvo de acuerdo. Román no era santo de su devoción. La mayor parte del tiempo se comportaba como un pijo insoportable y repelente. Pero supo aceptar con elegancia, o de algún modo que él consideraba galante, que Alissa era su chica y eso no le impidió declararse culpable de unos crímenes que no había cometido solo para protegerla.

—Sam —continuó Alissa—, deberías llamar a tus padres. No te haces una idea del calvario que han vivido este último año. Y, ahora sin Miguel...

—Ni de coña. Si la abuela se entera de que he salido a la luz, me mata. Por el momento, permaneceré en las sombras. Al menos hasta que encontremos a mi hermano.

—Yo llevo unas horas intentando entrar en la base de datos de la academia —intervino Óscar—. Quizás logre descubrir algo de cuando Nadine estudiaba allí, pero sin Key, estamos jodidos.

Key. Lucas se había olvidado por completo del *software*. Que estuviese en posesión de Nadine era mucho más peligroso de lo que los demás creían. ¿Cómo neutralizar a alguien que tenía acceso ilimitado a toda la información del mundo? ¿Cómo podían frenar a una persona capaz de superar cualquier barrera?

—Cuanto antes comencemos, mejor —apuntó Alissa.

Decidida a cumplir sus citas, le dio un fugaz beso a su chico antes de ir en busca de su cazadora y su bolso. Al salir del dormitorio chocó con León quien le lanzó un beso al aire y le guiñó un ojo con picardía.

—Vamos, cuñadita, anima esa cara. Deberíamos estar de fiesta.

Alissa intentaba descolgar su cazadora de la percha, pero León se interponía en su camino. Si ella daba un paso a la izquierda o a la derecha, él la imitaba fingiendo un divertido baile.

—¿Podrías...? —Comenzó a irritarse.

—¿Desvestirme? Sé que estoy más *sexy* desnudo... —se alabó dando una vuelta sobre sí mismo para mostrar su vestuario.

Ella le dio un suave empujón y lo hizo a un lado. Alcanzó su bolso y lo abrió para comprobar que llevaba lo necesario y revisar sus mensajes.

—¡Apaga eso! —gritó Lucas colocándose a su lado de un salto y arrebatándole el teléfono. Mantuvo el botón pulsado hasta que la pantalla se apagó por completo—. Ninguno de nosotros puede encender un móvil de este tipo hasta que encontremos a Nadine. ¿Lo entendéis? Tiene a Key. Puede activar la cámara, realizar una llamada o ver nuestra ubicación.

—Ni que nos hubiésemos ido muy lejos —ironizó Zoe.

—Con ese programa tiene ojos esté donde esté —continuó Lucas—. Nos escucharía, se adelantaría a cada uno de nuestros pasos. Cualquier dispositivo que tenga conexión a Internet queda vetado.

Buscó un macuto donde guardaba más teléfonos antiguos de la marca Nokia y le entregó uno a Samantha, quien sacaba con descaro un iPhone del bolsillo ganándose una mirada afilada de Lucas.

—Tranquilo, solo voy a apagarlo. Además, no es mi teléfono. Es el de Evelyn, el mío lo perdí aquella noche.

Alissa tuvo un *déjà vu*. Sintió el sonido del móvil de su prima saliendo del despacho de su abuela la noche del cumpleaños. Ella la llamó en varias ocasiones. Samantha nunca contestó.

La joven Valverde mostró la pantalla apagada.

—¿Contentos? —espetó—. No sé a qué viene tanto revuelo cuando este tío lleva toda la mañana navegando por Internet —señaló a Óscar.

—No te preocupes, morenita —añadió Óscar ofendido—. En esta preciosidad no entra nadie sin permiso —acarició la carcasa amarilla de su portátil con esa hipnotizadora espiral dibujada.

Lucas tomó la palabra. Intentó mostrar un tono pausado y suave, aunque por dentro estaba aterrorizado.

—Óscar seguirá investigando desde su equipo. Los demás, por favor, apagad móviles y cortad cualquier conexión a Internet tanto en portátiles como en consolas. —Desconectó la Xbox de la corriente—. Debemos tener cuidado y los ojos bien abiertos.

—Vaya, yo que te iba a pedir dinero para pagar la factura de mi móvil —confesó León con ironía—. En mi cuenta quedan diecisiete céntimos y la rubia del Facebook se merece muchos más.

—Pues no. No necesitas más —su hermano le quitó el móvil de las manos y recibió un gruñido como respuesta—. Esto queda requisado.

—Oh, vamos. Tengo a la rubia a punto de caramelo. Me iba a decir lugar y hora para... ¡Vamos, tío! Me lo he ganado.

Samantha resopló. Quiso, sin éxito, mostrar indiferencia. Estaba molesta. Se sentía relegada a un lado en su propio mundo. Recogió los vasos del desayuno y se dirigió a la cocina. Al pasar junto a León lo golpeó a propósito en el hombro.

—Veo que ahora las prefieres rubias —murmuró mosqueada.

—¿Qué puedo decir? Hace tiempo que las morenas se me atragantan —respondió divertido. Después, dio una palmada y se alejó de ella dando saltos. Agarró a su hermano por detrás y le frotó la cabeza con los nudillos—. Vamos, ¿quién se apunta a celebrar que este pequeño cabrón ha vuelto al partido? ¿Nadie? Bueno, también tenemos que celebrar que en la noche de Halloween los muertos vuelven a la vida —miró descarado a Samantha.

—¡Ja! Me uno a la fiesta —exclamó Zoe alzando su taza de leche—. Por los muertos vivientes.

—¡No! —León le quitó la taza tras soltar una carcajada—. ¿Con leche? Eso trae muy mala suerte.

—¿Y acaso esto puede ir a peor? —clavó la mirada en Iván.

El aludido enterró la cara entre las manos. Su mente daba vueltas a mil por hora reviviendo un millón de momentos donde

Samantha era la única. El dolor tras su muerte levantó un muro que separaba sus sentimientos por ella y la opción de comenzar de nuevo. Ahora se sentía anulado, hacía tan solo unas horas estaba dispuesto a recuperar a Zoe porque era a ella a la que necesitaba cerca. Sin embargo, esos ojos castaños y esa melena oscura habían retornado dispuestos a... ¿A qué? ¿Qué era lo que esperaba de él? ¿Por qué no era capaz de alejarse de ella? ¿Por qué ahora parecía necesitarle cuando solo se había dedicado a utilizarle?

—Intentaré averiguar algo más que nos pueda decir dónde se esconde Nadine —intervino Óscar cortando la tensión—. Creo que debería volver a San Francisco. Si ella ha vivido allí, probablemente pueda seros más útil desde el otro lado del charco.

Lucas frunció el ceño. No era propio de Óscar salir en busca de la información, al contrario, cuanto más complicado era el camino para conseguirla más motivado se sentía. Lo único que necesitaba era su portátil y lo tenía. Entonces, ¿por qué quería irse? ¿Por qué siquiera lo había insinuado?

—Si encuentras algo llámanos enseguida —le pidió Alissa.

—Al Nokia —recalcó Lucas.

—O si eso, que nos haga señales de humo —Alissa añadió un toque humorístico que Zoe aplaudió—. Seguro que es más efectivo.

Lucas abrió la boca para responder, aunque ella se lo impidió tirando de su mano para sacarlo de allí. No quería que su novio volviese a soltarles la charla de lo peligroso que era utilizar Internet, terminaría sintiéndose como una niña de secundaria.

Se colgó el bolso al hombro y trató de ignorar el desastre que León y Zoe estaban montando al agitar las latas de cerveza antes de abrirlas en la fiesta improvisada que se habían montado. Las carcajadas retumbaban por toda la casa y recordó un viejo refrán que su abuela solía repetir: «Después de la risa viene el llanto».

—Sois unos putos egoístas —balbuceó el sobrino de Pedro saliendo del sótano—. ¿Fiesta? ¿Qué mierda es lo que tenéis que celebrar?

—Relájate, pequeñín. ¿Quieres un trago? —Le ofreció León.

El joven tenía tanta ira acumulada que agarró la cerveza que le ofrecía León y la lanzó por los aires impactándola contra la estantería. Zoe se llevó las manos a la cabeza al ver caer un jarrón de cerámica. Al menos, no era la única que rompía cosas.

—Eso lo vas a limpiar tú —rugió León.

—Tranquilo... —Iván se acercó al chico.

Samantha se quedó detrás de la barra americana de la cocina con una galleta en la mano. Por fin pasaba algo interesante, aunque apenas conocía a ese chico le gustaba su carácter. Había sido el único en decir lo que ella pensaba.

—¿Qué bicho te ha picado? —preguntó Zoe.

—¿A mí? —Toni comenzaba a hiperventilar—. Me alegro mucho de que estés vivo, colega, de verdad —miró a Lucas—. Te has portado bien conmigo. Y también me alegro de que tú no estés enterrada bajo tierra —se dirigió a Samantha—. Pero, ¿alguien se acuerda de mi tío? ¿De Pedro? Me habéis dicho que le dispararon, que el río se lo llevó y yo... ¡Joder, yo no entiendo nada! No tengo a nadie más y vosotros aquí bailando y riendo y yo... solo tengo ganas de romperos la puta cara —miró a León desafiante.

—Atrévete, enano —contestó el mayor de los hermanos Martín encarando al joven que estaba a punto de explotar.

Lucas se metió en medio de los dos para poner paz. León era demasiado impulsivo y Toni no atravesaba su mejor momento. Se habían olvidado por completo de él y no era justo. Debían cuidarlo. Protegerlo. Se lo debían a Pedro. E incluso a él, que de alguna forma les había ayudado desde el inicio.

Alissa soltó el bolso en el sofá y se acercó al chico. Él se apartó.

—Tu primo está secuestrado, han matado a gente de tu familia y tú sigues sin actuar. ¿Por qué? Mi tío te quería. Se jugó la vida

por ti. ¡Por todos vosotros, joder! —Las lágrimas empaparon los ojos del joven y no pudo mantenerlos abiertos sin antes frotarlos con fuerza—. Deberíais buscar a esa zorra y matarla. Encontradla y yo la mataré con mis propias manos. No podemos dejar esto así. Él solo quería ayudaros. Solo cuidaba de vosotros... —comenzó a sollozar.

Se veía tan frágil. Alissa trató de alcanzarlo para abrazarlo, pero él volvió a retirarse y chocó con el sofá. Cayó hacia atrás y se quedó sentado. Agarró un cojín y se tapó la cara. Estaba avergonzado. Lloraba como un niño que quería hacerse el fuerte para vengar la muerte de la única persona que le quedaba en el mundo.

Alissa podía sentir su dolor. Se vio tan reflejada en ese llanto que despertó mil emociones en ella. Cuando asistió al supuesto funeral de Samantha se sintió más sola que nunca y con una ira en su interior que crecía a cada segundo que pasaba. Si todavía seguía respirando era gracias a sus amigos. Estaba dispuesta a darle a Toni todo el apoyo que necesitase porque era familia de Pedro y ese hombre había sido como su abuelo desde que alcanzaba a recordar.

—No estás solo, Toni —se agachó a su lado sin hacer el intento de tocarlo. No quería que volviese a huir de ella—. Nosotros somos tu familia. Te prometo que esto no quedará así. Encontraremos a Nadine.

—¿Y cómo? Si puede saberse —intercedió Samantha.

—¿Disculpa? —Alissa se volvió hacia ella sorprendida.

—Lo siento, el chico tiene razón. El tiempo pasa y tú solo piensas en ir de visitas. Tenemos que encontrar a Daniela y a mi hermano para acabar con esto de una vez. Si le ocurre algo a Miguel, tú serás la responsable.

Esa afirmación cayó en la joven como un cubo de agua fría. Por un segundo, Alissa notó que le costaba respirar. No era la primera vez que veía a Samantha en esa tesitura. Culpando a los demás e

intentando manipularlos emocionalmente para que tomaran el camino que ella quería. En cambio, sí era la primera vez que el ataque iba contra ella.

—¡Ohhhh! —exclamó Zoe—. Abrid bien las orejas que aquí la señorita nos va a iluminar con la solución al problema.

—Me tienes harta —gritó Samantha—. ¿Qué coño haces aquí además de romper la vajilla cada vez que me acerco a Iván?

—Serás hija de... —Zoe agarró un pequeño cenicero de cristal oscuro que había en la mesa.

—¡Quieta! —Actuó León quitándoselo de las manos—. Si lo rompes tendré que tirar la ceniza al suelo y Lis le robará el papel de psicópata a la tal Daniela.

—¿Desde cuándo te llevas tan bien con mi prima? —espetó Samantha dejando escapar sus celos contra León, quien le respondió lanzándole un beso al aire.

—¡Basta! —gritó Alissa—. A ninguno nos apetece estar viviendo esta mierda. Tengo que saber cómo está mi familia y sacar a Román de la cárcel para que nos ayude a encontrar a Nadine. Es su hermano, ¿recordáis? Mientras tanto, —se dirigió a su prima— tú deberías decir a tus padres que estás viva y dejarte de tantas gilipolleces. Demasiados secretos hay ya. No pienso cargar con los tuyos ni mentirles a la cara, ¿me entiendes?

—¿Y por qué tengo que hacer lo que tú me digas? ¿Desde cuándo estás al mando? Esto te viene grande. Me necesitas.

Esa afirmación la encendió. Si tanto la necesitaba, ¿dónde se había metido los últimos meses? Samantha pudo ver la rabia en sus ojos, por ello decidió continuar con un tono sosegado que encauzase la conversación antes de que se le fuese de las manos. Control. Debía mantener el control.

—Sabes que solo quiero protegerte, Ali.

Alissa no estaba dispuesta a entrar en su juego.

—No necesito que me protejas, Sam —pronunció su nombre con tono sarcástico. Le repateaba que la llamase «Ali». Solo que-

ría hacer ver que las cosas entre ellas estaban igual que siempre. Nada más lejos de la realidad—. Llevo tiempo protegiéndome sola.

—¿Seguro? Yo creo que vives en la cuerda floja.

—Al menos no necesito que me den por muerta para salvar mi culo.

El gesto de Samantha se petrificó. Alissa no sabía si debía arrepentirse de sus palabras. En el fondo de su corazón, eso era lo que realmente sentía. Se dirigió a la puerta ansiosa por cruzarla y salir de allí. Necesitaba con urgencia alejarse de esa casa. Lucas la siguió de cerca.

—Ali, espera —la llamó—. Necesitas una baza. Algo con lo que no cuenten para poder ganar esta guerra.

La joven soltó el pomo de la puerta y se giró hacia su prima con el ceño fruncido.

—Y supongo que tú me la vas a dar.

—Soy yo —sonrió con convicción—. Si no saben de mi existencia, seré una variable con la que no contarán. No es cuestión de cobardía, sino de inteligencia.

Alissa guardó silencio. Por un lado, sabía que tenía razón, en cambio, odiaba tener que dársela con el daño que estaba causando con esa jugada. Giró sobre sus talones para volver a abrir la puerta y salir de allí. Su prima volvió a interrumpirla.

—Y Lucas debería seguir mis pasos.

—¿Qué? —inquirió él sin querer entender a lo que se refería.

—También te dan por muerto. Y estoy convencida de que eres al que más temen. Eres el único que las puede seguir desde la distancia y estarías dispuesto a dar tu vida por protegerla. Contigo fuera de juego se creerán invencibles.

—No pienso quedarme aquí escondido mientras que...

—Tiene razón —aceptó Alissa pese al dolor intenso que le supuso decir esas dos palabras—. Puede que si te creen fuera de juego bajen la guardia.

—No vas a ir sola a ningún lado. No sabemos dónde está Nadiné y Daniela podría ser cualquiera.

—Yo la acompañaré —se ofreció León—. Sé que si le pasa algo peligrará mi integridad masculina. Así que cuidaré de ella, hermanito.

Lucas resopló abatido y, antes de entrar en una discusión que sabía que no podría ganar, le lanzó las llaves del coche a regañadientes. Dio un beso a su chica y se dirigió al sótano seguido de Óscar y el inestable Toni.

—Te espero en el coche, León —Alissa abrió la puerta y cruzó el umbral mientras su prima la llamaba otra vez.

—Te lo dije, primita. Juntas podremos con esto. Confía en mí. La escuchó mientras se alejaba de allí sin volverse a mirarla.



—JODER, NI SIQUIERA ME ATREVO a encender mi ordenador.

Lucas se sentía frustrado. Bajó la tapa del portátil de mala gana y apoyó los codos en la mesa para enterrar la cara entre las manos.

—Tranquilo, Luk. Mi bebé está dispuesto a ayudarnos —exclamó Óscar colocando su equipo cerca de él—. Toni, ¿has revisado los papeles que te dije esta mañana?

El joven alzó los hombros. Se puso en pie y le acercó los documentos sin pronunciar palabra. Le temblaban las manos. Su intención era hacer lo que le pidiesen si con ello daban con la asesina de su tío. Ese era su único propósito. No iba a participar en fiestas repentinas ni a analizar absurdas hipótesis que no llevarían a ningún sitio. No iba a estrechar lazos con nadie. Aquella no era su familia. Estaba solo. Y así seguiría.

—No encontré nada que nos diga lo que hizo Daniela tras salir del sitio ese de las monjas.

Lucas miró con el ceño fruncido a Óscar ante esa peculiar petición que le había hecho al chico.

—No pongas esa cara, Luk. Se nos escapan demasiadas cosas y hasta que no veamos el cuadro completo no daremos con ella. Esta noche le he estado dando vueltas a algo: Nadine tiene dinero, viene de una familia rica, no hay más que ver la millonada que rodea al panoli. Entonces, ¿con qué le paga Daniela?

Esa era una buena pregunta, tanto que captó la atención de Lucas. Óscar prosiguió:

—Según sabemos, esa tía se quedó sola y sin un puto céntimo tras salir del orfanato. ¿Qué es lo que puede ofrecerle a Nadine? Por eso estamos revisando los papeles que tu madre consiguió en el convento, para ver si encontramos algo que nos diga qué pudo hacer Daniela al salir de allí.

—Lidia —corrigió Lucas quedándose en el concepto «madre». No soportaba que se refiriesen a esa mujer como tal—. No es mala idea. ¿Qué tenéis hasta ahora? —Se sentó al lado del sobrino de Pedro.

—Nada de nada —resopló Toni—. En estos papeles no hay más que detalles tontos de como las monjas gestionan la educación, los modales y toda esa mierda. Tamara sale a relucir en algún lado, pero nada especial. Si pudiera conectarme un segundo... Google es mil veces mejor que los apuntes de unas viejas encapuchadas.

—Ya os he dicho que nada de Internet —respondió Lucas hastiado.

—Yo no os entiendo. Si es tan jodidamente peligroso ¿por qué Óscar se pasa el día conectado?

—Enano, te queda mucho que aprender. Verás, cuando Lucas diseño a Key, un plan maquiavélico se puso en marcha en mi cabeza —explicó Óscar lleno de orgullo—. ¿Conoces las típicas películas donde unos laboratorios lanzan un virus y, al poco tiempo, una cura de la que solo disponen ellos?

El joven alzó una ceja antes de contestar.

—Sí, una forma muy jodida de hacerse millonario —espetó—. Pero, creo que no estamos aquí para hablar de cine barato. No nos encontramos frente a un virus de la gripe, sino ante un *software* capaz de reventar cualquier sistema informático. Al menos, eso es lo que no paráis de repetir.

—Cierto, pero hasta Clark Kent tiene su *Kryptonita*.

Lucas sabía que a su amigo le encantaba recrearse en esa historia, así que aprovechó y le arrebató el portátil de las manos. Óscar se puso en pie mostrando la misma sonrisa pícara que un niño que está a punto de exponer su invento en un concurso científico.

—Si Lucas diseñaba un sistema capaz de romper cualquier barrera, ¿qué pagarían por lo único capacitado para frenarlo? Así es cómo se me ocurrió la idea de diseñar la *Kryptonita* perfecta para nuestro Clark Kent.

—No me digas que...

—No te creas todo lo que dice, Toni —dijo Lucas inmerso en la red—. A veces, es un poco fantasma. Finalmente, no hicimos nada.

—Porque tú no podías sacarte a cierta rubita de la cabeza. Llegamos muy alto. ¡Coño, si hasta el FBI se interesó en ti! Podríamos estar nadando en billetes. Tenemos un programa capaz de atravesar cualquier muro y la única arma que puede frenarlo.

—Teníamos —corrigió Lucas—. Teníamos ese programa. Verbo en pasado.

—Por eso he pensado en volver a San Francisco y retomar el plan A.

—El plan A es salvar a mi novia y, de paso, a todos nosotros —apuntó Lucas mordaz.

—Vale, el plan pre-A. He enviado un *e-mail* esta mañana y no creo que tarden en contestar. —Lucas resopló y Óscar se precipitó a justificarse—: sabes que no tenemos muchas más opciones. Es la única forma de no estar a merced de Nadine.

Toni chascó la lengua interesándose al fin por algo que no fueran esos papeles escritos con letra casi ilegible de las monjas. Colocó una silla entre ellos y confesó:

—Me encantaría ser como vosotros. Ir a una academia de lujo, programar algo único y nadar en billetes.

Óscar soltó una carcajada.

—No nadamos en billetes, enano.

—¿Qué se necesita para entrar en esa academia?

—Dinero —indicó Lucas mientras tecleaba en el portátil de su amigo—. O ser doña Cecilia —los chicos pusieron cara de asco.

Lucas observó de soslayo a Toni. La broma provocó que apareciera una sombra de tristeza en la mirada del chico. No hacía tanto tiempo que él soñaba con ir a ese sitio y se derrumbaba cada vez que recibía una negativa a su solicitud.

Óscar puso una nota de esperanza.

—También hay becas. Luk entró con una.

Lucas levantó la mirada y su amigo alzó confuso los hombros. En realidad, no había llegado a entrar en esa academia gracias a ninguna beca, sino a los tejemanejes de Cecilia para alejarlo de su nieta. Todavía podía sentir el gusto amargo que se instaló en su garganta cuando descubrió la verdad, cuando tuvo que admitir que no llegó a ese lugar por sus propios medios. Aguantar allí dentro fue un calvario, pero lo hizo. Trabajó duro para pagar su «beca» y consiguió un reconocimiento que jamás hubiese creído.

Cecilia Valverde le había hecho un regalo. Le había ofrecido la mejor formación y el destino se encargó de unir de nuevo su camino con el de Alissa.

—¿Tienes algún proyecto? —preguntó Lucas. Los ojos del muchacho se iluminaron—. Si tienes algo que mostrar suele dar puntos para acceder a esa beca.

—Sí. ¡Sí! Comencé a desarrollar un sistema de localización apoyado en la tecnología GPS. ¿Queréis verlo? A lo mejor podéis ayudarme, me quedé atascado hace unos meses.

Ambos sabían que no era el momento de analizar un proyecto juvenil, pero ese resquicio de esperanza en Toni era suficiente para ponerse a ello. De modo que se enfrascaron durante unos minutos en una conversación repleta de códigos y fórmulas que anotaron en papel. Óscar daba ideas a Toni y este sonreía ante las infinitas posibilidades que tenía para su proyecto. Lucas pasó unos minutos con ellos hasta que se retiró a un rincón con el ordenador de la estridente carcasa amarilla de Óscar y los documentos de las monjas.

—Tenéis esto peor que una leonera —señaló Zoe bajando por la escalera que daba al sótano—. No sé qué es mejor, aguantar a la que ha regresado de los muertos o vuestro olor a humanidad.

Óscar se olió la axila e hizo una mueca. Sí, Zoe tenía razón.

—¿Sabes algo de la canija?

Lucas negó con la cabeza.

—Supongo que acaban de llegar al hospital. Pero visto el amor que tiene Lis por los móviles antiguos, dudo que me escriba.

Toni levantó la cabeza del folio donde escribía las mejoras para su proyecto y se dirigió a Lucas:

—No entiendo cómo la has dejado ir con él. ¿Habéis olvidado que os apuntó con una pistola? Porque yo no.

—¿Lo viste? —preguntó Zoe confusa—. ¿Cómo cojones...?

—Espera, —intervino Óscar— que León hizo ¿qué?

—Claro que lo vi apuntaros la noche que se le fue la pinza después del cumpleaños de Lis. Yo estaba escondido detrás de unos arbusto, la gente andaba como loca por la fiesta y mi tío tenía miedo de que me descubrieran así que me llevó a una casa del servicio con una cena de rechupete. Cuando regresé al palacete, vi a León a lo Han Solo con un discurso de la hostia y una pistola en las manos. Quise ayudaros. Lo juro. Entonces vi aquella sombra a lo lejos disparando al aire y me acojoné.

—Samantha —aclaró Zoe.

—Supongo —dudó el joven—. El caso es que el loco de León iba a mataros.

Las palabras que Toni lanzaba sonaban como hechos claros y coherentes. Zoe guardó silencio justo lo contrario que Óscar:

—Luk, ¿tu hermano intentó mataros y lo dejas a solas con ella?

—Las cosas no son lo que parecen. Creo que ni él mismo sabía lo que pretendía hacer. Si hubiese querido disparar, lo habría hecho. Tuvo la oportunidad. Es una víctima más en este macabro juego. Estoy convencido de que León jamás haría daño a Lis.



—Y el viaje ha llegado a su fin. Ya puedes romper tu voto de silencio. —León tarareó la canción que sonaba en la radio hasta que captó la atención de Alissa—. ¿Quieres que vaya contigo? Ya sabes que como acompañante no tengo rival —añadió con orgullo colocándose unas gafas de sol.

Estaban aparcados a un par de manzanas del hospital. Alissa observó la concurrida entrada al centro sanitario y buscó sus gafas de sol en la guantera. Se las había dejado en casa.

—Creo que es mejor que me esperes aquí. No quisiera tentar a la suerte. Ahí dentro están mi abuela y mi tía.

—Tranquila —sonrió de medio lado y se desabrochó el cinturón de seguridad para acomodarse—, no tienes que dar explicaciones. Además, he dormido con una especie de ejército de *scouts* en el salón de tu casa. Descansar un rato sin los ronquidos de Iván no me vendrá nada mal. Incluso podría entretenerme con la rubia si mi móvil no estuviese secuestrado por el sobreprotector de tu novio.

Alissa sonrió. Volvió a abrir la guantera del coche y sacó de allí un iPad Mini.

—Si te acercas un poco podrás conectarte al *wifi* del hospital. Seguro que te espera ansiosa.

León aplaudió. Ella subió la cremallera de su cazadora y abrió la puerta del coche. A lo lejos vio cómo unos periodistas se arremolinaban en la entrada y se mordió el labio.

—¿Me prestas...?

—Lo que desees, preciosa.

—Tus gafas. Déjame tus gafas.

—¿Y qué obtengo a cambio? —preguntó divertido.

—Ya lo has obtenido. —Zanjó Alissa arrebatándole las gafas y abriendo la puerta del coche—. Las gafas por el iPad.



Odiaba los hospitales. Los laberínticos pasillos y el frío color de las paredes le provocaban un extraño dolor en el estómago. Suerte que su tío Daniel la atendía en casa cuando se encontraba mal, pues la última vez que había ido a tratarse un simple constipado salió de allí con un ataque de ansiedad.

A la derecha, justo antes de llegar a los ascensores, había una pequeña tienda de regalos. No supo si atraída por los colores o por aplazar el reencuentro con su abuela, terminó dentro siendo atendida por una mujer mayor con el pelo blanco y los ojos grises.

—¿Buscas algún regalo en especial, bonita?

Alissa se detuvo ante la amabilidad de la anciana que parecía tener la sonrisa tatuada en la cara. Su voz extendió una inesperada sensación de calma por su pecho. Echó un vistazo rápido a su alrededor. No quería salir de allí sin más, pero tampoco veía muy práctico comprar un peluche o una caja de bombones dadas las circunstancias.

—Galletas —dijo de repente. Las galletas no harían daño a nadie y seguro que Miriam necesitaba llevarse algo al estómago.

La mujer se giró hacia la estantería donde tenía colocadas las cajitas de bombones, *snaks*... y volvió al mostrador con una caja pequeñita de galletas de melocotón.

—Te gustan estas, ¿verdad?

Se sorprendió ante el acierto de esa peculiar señora de pelo canoso que no tendría más edad que su abuela. Normalmente la gente pedía galletas de chocolate o a lo sumo de fresa, pero... ¿de melocotón? ¿Cómo podía saber esa desconocida que a ella le gustaban esas galletas?

—Tranquila, no soy adivina —aclaró mientras las metía en la bolsa mirando hacia el frente—. Todavía tienes ese peculiar olor a mango y coco. Te conocí cuando eras muy pequeña. Te comiste dos paquetes de galletas de melocotón en una tarde.

No recordaba haber vivido esa tarde. Aunque no era la primera vez que veía esa tienda, su tío Daniel trabajaba en ese hospital y desde el porche de la entrada principal se podían apreciar los enormes peluches o los globos del escaparate que anunciaban la llegada de un bebé. En cambio, sí que era la primera vez que entraba. O eso creía, porque esa mujer parecía conocerla muy bien.

Sacó su monedero del bolso, pagó con unas monedas que la anciana aceptó sin revisar y salió de allí envuelta en una energía que no era capaz de explicar.

Anduvo unos pasos despacio, tratando de analizar aquello que le impedía respirar. La muerte de Tamara la había afectado, aunque no tanto como la desaparición de Pedro. Porque no estaba muerto. Solo desaparecido. Lucas había regresado, ¿por qué no iba a hacerlo él? Vale que las posibilidades eran remotas, pero no nulas. Había esperanza. Tenía que aferrarse a esa esperanza.

Llegó hasta la habitación que Diana le había indicado por mensaje y sus dedos se quedaron petrificados alrededor del pomo. Era incapaz de entrar.

—Hola, cariño —la saludó su tío Daniel que apareció a dos habitaciones de distancia—. ¿Cómo te encuentras? ¿Has podido descansar? —indagó guiándola hacia los sillones del pasillo—. Me han contado lo de Lucas. Cualquier cosa que necesites...

Alissa se mordió el labio y secó un par de lágrimas que llegaron a sus ojos cuando pensaba en Pedro. Todos creían que Lucas estaba muerto o, al menos, desaparecido. Tampoco sabían que Samantha estaba viva y Miguel en peligro. Luchó con el nudo que se formaba en su garganta ansiosa por decir la verdad, por borrar el intenso dolor que un día apagó el brillo de la mirada de su tío a causa de la pérdida de su hija. Tenía que guardar silencio. Samantha debía seguir oculta y revelar la situación de Miguel solo los pondría en el punto de mira de Daniela y la paranoica de Nadine.

—¿Cómo está Miriam?

—Ahí va. Está con tu abuela esperando los resultados de la autopsia para poder volver al palacete.

—¿Autopsia? Tamara murió por un disparo.

—Sí, pero el juez la ha solicitado para el caso.

Jamás entendería la forma en que procedía la ley. Bajó la mirada y la clavó en las baldosas del suelo. Su tío le pasó un brazo por los hombros.

—¿Vas a entrar?

—Esa era la idea. Al menos he llegado hasta aquí —hizo un amago de sonrisa.

—¿Qué te detiene?

—Últimamente no he hecho otra cosa que discutir con la abuela y...

—Te necesita cerca. Esa vieja cascarrabias nunca lo admitiría, pero sin su familia no es nadie y siente adoración por ti. Vamos, te acompaño.

Una triste sonrisa se dibujó en sus labios. Se puso en pie y se dirigió de nuevo a la puerta. Antes de que pudiese abrirla, su tío la dejó congelada con una sencilla pregunta:

—¿Sabes algo de Miguel?

La punzada de culpabilidad que le produjo el no poder ofrecerle una respuesta le atravesó el pecho. Negó despacio. Arrepintiéndose a cada milésima de segundo. Tratando de concienciarse que lo hacía por el bien todos. Iba a encontrarlo. No permitiría de que otra losa cayese sobre su familia.

Al cruzar la puerta pudo ver a su abuela, a Diana y a Miriam recostada en un sillón. La cama estaba vacía, ninguna de ellas estaba enferma, solo aprovecharon la posición de Daniel para disponer de una habitación y tener intimidad. El ambiente era desolador. Miriam dormía, y el agotamiento se reflejaba en cada una de sus entrecortadas respiraciones. Tenía la cara enrojecida y la zona de los ojos inflamada. Su abuela la saludó con un leve movimiento de cabeza y Diana la recibió con cariño entre sus brazos.

—No ha dejado de llorar en toda la noche. Ha caído rendida —le explicó su tía refiriéndose a Miriam. Después, le colocó un mechón detrás de la oreja y preguntó con dulzura—: ¿cómo estás tú, mi niña?

Antes de que Alissa pudiese contestar, la voz autoritaria de Cecilia ocupó la habitación en un reproche dirigido a su hijo.

—Espero que podamos irnos a dormir y llorar tranquilas en nuestras camas, Daniel. ¿O cuánto tiempo más vamos a tener que esperar?

—Poco, madre. Ya sabes cómo son estas cosas. Voy a ver cómo va el asunto y, por favor, no olvides hacerte las pruebas que te he pedido.

Daniel abandonó la sala y cerró la puerta tras él.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? —preguntó Alissa desconcertada. La sola idea de pensar que su abuela podría estar enferma le resultaba tan ridícula como aterradora.

Cecilia hizo un movimiento con la mano restándole importancia a la petición de su hijo. Se sentó junto a la ventana y dejó que su mirada se perdiese en el horizonte. Diana se acercó deci-

dida a su sobrina y enlazó su brazo con el de ella para retirarse un poco y poder hablar sin despertar a Miriam.

—¿De qué pruebas hablaba mi tío?

—Creen que la enfermedad que padecía Tamara era hereditaria. Quieren descartar que Cecilia... —notó como Alissa empalidecía—. Tranquila, estoy convencida de que tu abuela tiene una salud de hierro.

No pudo contagiarse de esa seguridad. Intentó cambiar de tema para no añadir más problemas a la ecuación. Cada puente había que cruzarlo cuando se alcanzase.

—¿Mir se quedó dormida hace mucho?

—Hace apenas un par de horas. Ha sido una noche muy larga. Aunque... qué te voy a decir a ti. Siento mucho lo de Lucas.

Ante esa mención, el nudo con el que comenzaba a familiarizarse le oprimió aún más la garganta. No. No podía tener engañado a todo el mundo.

—Está vivo —susurró. Su tía abrió los ojos tanto que casi se salieron de sus órbitas. Alissa repitió con los ojos vidriosos—: Lucas está vivo.

—¿Cómo? —Se cubrió la boca con las manos—. Eso es... ¿cómo es posible? Me dijiste que...

Le puso el dedo índice en los labios rogándole silencio.

—Ya te contaré los detalles, de momento es mejor mantenerlo en secreto.

Diana asintió nerviosa. Reprimió un grito de emoción y se abrazó de nuevo a su sobrina.

Miriam se removió en el sofá y Alissa se sentó junto a ella. Le dio un beso en la frente y le apartó el pelo de la cara. Le fascinaba la melena rizada y rojiza de la que, ahora, era un miembro más de su familia. Abrió su bolso y sacó un pequeño paquete.

—No están igual de buenas que las que tú haces, pero te he traído galletas de melocotón.

La pelirroja asintió agradecida. Se incorporó en el sillón y aceptó la caja que le ofrecía su... ¿prima? No estaba muy segura del parentesco ni de si algún día podrían considerarse familia. Su mundo bailaba a un ritmo trepidante que no era capaz de seguir. Llegó al palacete con una única persona en el mundo: su abuela. Ahora la rodeaban un montón de gente que, según el ADN, eran sus parientes, aunque ella no los reconociera como tal.

Se quedó mirando el paquete de galletas y una lágrima rodó por su mejilla. No se molestó en limpiarla. Ni siquiera le importaba.

—Mi abuela me enseñó a hacerlas —balbuceó—. Ella era la verdadera cocinera.

—Y te enseñó muy bien, tesoro —musitó Diana—. Come alguna, necesitas reponer fuerzas.

El teléfono móvil de Cecilia irrumpió con su vibración desde una pequeña mesa de cristal. Alissa tuvo la necesidad de pedirle a su abuela que lo desconectase, decirle que ninguno de ellos podía tener los teléfonos encendidos porque corrían peligro. Sin embargo, optó por guardar silencio.

Cecilia lo miró de soslayo y reconoció el nombre que aparecía en la pantalla «inspector Ojeda». No le apetecía hablar con él. En realidad, no le apetecía hablar con nadie y había demasiada gente en esa habitación, de modo que le hizo un gesto a Diana y esta enseguida salió al pasillo para atender la llamada.

—Abuela —susurró Alisa—, ¿cómo estás?

Una pregunta estúpida y sin sentido. La misma que se repetía infinidad de veces tras una tragedia. La mujer no respondió, observaba a Miriam recostada en el sillón aferrada a una gruesa chaqueta de lana que pertenecía a Tamara. La pobre hacía un amago de sonrisa ante cualquier mínimo gesto de atención y dejaba caer sus lágrimas cuando pensaba que no la miraban. Alissa veía en ella una reacción lógica y normal, al contrario que

en su abuela. La matriarca se comportaba como si el problema se redujese a unas flores marchitas en el jardín. ¿Cómo podía actuar así tras haber perdido a su propia hermana?

Diana regresó a la habitación con los ojos vidriosos y un temblor en las manos con las que sujetaba con firmeza el teléfono. Cecilia y su nieta se pusieron en pie temerosas de las noticias que se avecinaban.

—¿Qué ocurre? ¿Quién era? —preguntó nerviosa Alissa.

La mujer envolvió entre sus manos la de su sobrina y respiró hondo.

—El inspector. Han encontrado... el cuerpo... —consiguió decir antes de romper en llanto.